



FICCIONES INNECESARIAS

CARLOS TRUJANO



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal

IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

FICCIONES INNECESARIAS

Carlos Trujano

D.R. 2022 Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Avenida Reforma 1519, Barrio de San Sebastián
C.P. 72090, Puebla, México

Primera edición: 2022

ISBN: 978-607-8123-82-7

Diseño editorial: Edgar Mendoza Dorantes

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

Hecho en México



DIRECTORIO

H. Ayuntamiento de Puebla

Eduardo Rivera Pérez

Presidente Municipal Constitucional

Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla

Fabián Valdivia Pérez

Director General

Subdirección de Desarrollo Artístico, Cultural y Patrimonial IMACP

Mauricio Pardo Ruiz

Coordinación de Fomento a la Lectura y Editorial IMACP

Diego Rodríguez Moreno

CANASTA DE ESCRITORES POBLANOS

A principios de julio, el *Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla* promovió la convocatoria *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, con la finalidad de abrir la puerta a todos esos autores y autoras que se encontraban en la constante búsqueda de algún canal para publicar sus escritos.

La participación fue bastante amplia y la propuesta que se presentó fue extraordinaria. No era para menos, pues la riqueza literaria de nuestro municipio es legendaria y con esa variedad de temáticas, fomentar el hábito de la lectura en nuestra sociedad se convierte en una de las misiones más nobles e interesantes, debido al enorme talento local que brindará nuevas perspectivas entre la juventud de nuestra ciudad.

La presente publicación da muestra de esa calidad literaria que habita nuestras calles, misma que no sólo difunde la memoria histórica, sino que también aborda cada rincón de nuestra ciudad a través de obras cuya fuerza radica en la sencillez de las palabras, mismas que logran aproximar al lector a cada recoveco de Puebla.

Me llena de orgullo presentar esta colección y estoy seguro de que cada página será un verdadero deleite para el lector que tenga el lujo de contar con esta publicación en sus manos. No me queda más que ofrecerte esta *Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos*, esperando que puedas disfrutar de esta serie de obras cuya fuerza estética pone en alto el Arte y la Cultura de nuestra sociedad.

EDUARDO RIVERA PÉREZ
PRESIDENTE MUNICIPAL DE PUEBLA
2021-2024

Juan Carlos López Trujano, 31 de octubre de 1992.

Director y guionista egresado de una de las primeras generaciones de la *Licenciatura en Cine* de la ciudad de Puebla con un semestre de intercambio en la *Escuela de Cine de Uruguay*. En 2015 fue Ganador del Apoyo para la producción de cortometraje del IMCINE para filmar *Desaparecido*,

nominado a la Diosa de Plata 2017 y a 9 Premios Pantalla de Cristal, ganando de 3 categorías, Ganador como Mejor cortometraje mexicano de terror en Feratum 2017. Su cortometraje *Getsemaní: Ego Sum Lux Mundi*, fue Ganador de la Diosa de Plata 2018. Mención especial en CineTekton! y parte del FICM 2018. Con el cortometraje *Hierba Mala*, fue Ganador de la competencia en línea del Festival Internacional de Cine de Morelia 2019, del Lusca Fantastic Fest 2021 (Puerto Rico), del Festival de Cine Oro Negro, en Feratum, entre otros. Sus trabajos han sido seleccionados en Festivales y Muestras de Cine en México, Italia, Argentina, España, Canadá, Túnez, Brasil, Chile, Alemania y Corea del sur, formando parte de las selecciones oficiales del Festival Internacional de Cine de Guadalajara, Festival de Cine Latinoamericano de Rosario, Cheongju International Short Film Fest, Vancouver Latin American Film Festival, Macabro, Shorts México, Blood Window Forum, entre otros.

Ha tomado diversos talleres, cursos y seminarios de dirección, guion para largometraje, para series y de dramaturgia con maestros como Guillermo Arriaga, Michel Franco, Laura Santullo, Kenya Márquez, Alejandro Lozano, Fernando Sariñana, Enrique Rentería, Luis de Tavira, Jaime Chabudad, Conchi León, Josué Almanza, entre otros. Ha dirigido a actores de reconocimiento nacional e internacional como Ángeles Cruz, Eligio Meléndez,

Humberto Busto, Fernando Cuautle, Enrique Arreola, Mayra Hermosillo, Pedro Giunti, Ari López, Aleyda Gallardo, entre otros.

Ha ganado apoyos y becas del IMCINE, IMACP, Secretaría de Cultura de Puebla, FICM e Ibermedia.

Ha colaborado en Dirección Audiovisual para escena, Dramaturgia y Dirección con el Complejo Cultural Universitario de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla y Danza UNAM. Ha sido seleccionador en el Festival Internacional de Cine de Lanzarote (España) y CineTekton! Fue parte del comité evaluador para el estímulo fiscal EFICINE del IMCINE, primer periodo 2020 y segundo periodo 2021. Participó como Speaker en TEDx UPAEP 2019. Como script supervisor ha trabajado en series, cortometrajes y largometrajes producidos por IMCINE, FONCA, Netflix, Lemon Studios, HBO Max y otros. Ha impartido clases de guion y dirección desde 2017 a nivel licenciatura y maestría en cinematografía, así como talleres con el Instituto Municipal de Arte y Cultura de Puebla y la Secretaría de Cultura de Puebla.

Actualmente se encuentra en postproducción de su ópera prima ficción como guionista y director, #Rats, ganadora del FOCINE para la producción de óperas primas por parte del IMCINE en 2021, filmada enteramente en la ciudad de Puebla.

PRÓLOGO	9
NO SOY ADICTO A ELLA	10
LE GUSTABA LEER DESNUDA	15
CRIMINALES EN EL TEATRO	19
LO DECÍA UN EPITAFIO	22
UN SUSPIRO PARA ELLA	25
SUICIDIO EN EL JUEGO DE UN <i>McDONALD'S</i>	27
LA PARÁBOLA DEL MENDIGO EN EL MUELLE	31
<i>LIKE</i>	38
MEMORIA EN LA PENUMBRA	43
CARRERA EN LA 2 PONIENTE	46
CIRCO CALLEJERO	48
EL DIOS NEÓN	51
EL GRAN DÍA	55
POSTDATA, TE ODOIO	57

¿Qué es narrar? Para Carlos Trujano es transitar un estado alterado. Diría más claramente: Sobrevivirlo. Pero esa sobrevivencia es siempre gozosa o desparpajada o no será. El estado alterado puede ser provocado por el alcohol, la tristeza, la soledad, o la repentina conciencia de la necesidad de suicidio en un niño de cuatro años. En cualquier caso, nadie escapa a esos estados alterados. Poco pueden hacer la razón o el método contra la fuerza humana que palpita en los textos de *"Ficciones innecesarias"*.

Muy probablemente esa pulsión, esa rebeldía, provenga del aire de juventud que permea el libro. El autor podría tener noventa años y no ser el veinteañero que nos presenta estos cuentos y sería lo de menos, porque la juventud que vibra en los cuentos proviene de algo perenne: la empatía de su autor con los personajes jóvenes, con las actitudes juveniles y con cierta ingenuidad lúdica. Un espíritu juguetón pero amargo recorre las letras de las ficciones. Ahí quizás, en esa mordacidad, en ese jugueteo tristón o desgarrado se encuentra la propuesta decidida de Trujano escondida en sus personajes: La voluntad de romper todo, a veces con un mazo que hace las veces de sorpresa final, otras con un golpe en la cabeza, algunas con una despedida, con un acaricia, con un te odio al final de la carta, con una foto borrada, con una promesa.

CARLO COREA

No soy adicto a ella

No soy un adicto. Aclaro este punto por las posibles confusiones que lo a continuación escrito podría suscitar, para el acomplexado y miserable será fácil emitir un juicio poco noble y menos aún loable, para ti, que como yo conoces lo mucho que dista un prejuicio de la realidad objetiva y un altibajo de la denigración concreta, la primera aclaración te parecerá un sarcasmo sutil, grato y casi noble.

El embargo a la parsimonia, el constante e ineludible deseo del mismo y la falta de intranquilidad constante no me acercan a los mendigos, los locos y los vagos que abundan en las calles de las urbes a causa de su adicción. Bebo, sí, con toda sanidad y juicio, es más, diría yo que bebo para estar más sano, más juicioso, para establecer un equilibrio social, así como las guerras matan un número considerable de personas, cuyo exceso obstaculiza el bienestar común, yo bebo para estar en sobre medida despierto, alerta y consciente de toda la basura e inmundicia que nos aqueja.

Trabajo una jornada laboral ordinaria, doce horas, con dos de descanso en medio, desayuno americano, almuerzo nacional ambulante, comida corrida con postre y cena oportuna, modesta y ligera para no perder demasiado la forma, no por un equilibrio físico, sino social, ya son bastantes los que salvaguardan heroicamente nuestro primerísimo lugar de obesidad a nivel mundial como para opacarlos haciéndoles competencia.

En la oficina pocas cosas están permitidas, y si lo están pocos lo saben, tales como las letras, ya que opacarían los números de los ingresos y egresos diarios de este concurrido y trasnacional supermercado, está prohibido el sexo, que mantiene a la mayoría en un constante estado de frustración sexual, estado al que se le atribuye el gesto

fruncido general conocido como de “mal cogido”, pero entre tanta prohibición, está permitida mi aliada, ¿qué va? Si es una obligación, una necesidad, un requerimiento intrínseco en el contrato de colaborador voluntario a nuestro amante emperador capitalista, el lejano tío Sam que de todo nos provee. Mi bebida cómplice está en cada pasillo y oficina, humeante y sensual, es el gesto más erótico que en el día a día podemos experimentar, más que el perfume de la secretaria del jefe, con su media rota y labial rojo, no se compara a las feromonas de mi bebida. Su color oscuro es más excitante que la oscura piel de la morena de cajas que se me insinúa cada mañana, como si el lunar de su ancha nariz pudiera provocar alguna otra reacción física que sus estridentes estornudos. La bebida mía, ¡Ah sí! bebida, porque el título de café, además de simple y poco poético es del género masculino, lo cual le hace perder el 80% de la magia sensual y por ende, toda lógica para mi gusto, sí, gusto, no adicción, yo no soy un adicto, por ella.

¿Dónde empezó? Quizás en un pasillo, o camino al baño, tal vez un día a las siete de la mañana cuando llegaba de la calle, a la que llegué en autobús, al que subí después de desayunar fruta y jugo, que comí después de la ducha, que tuve al decidirme a levantarme, determinación súbita posterior a mi masturbación matutina de los lunes, primer momento consciente de mi día tras una noche en que posiblemente soñaba que lograba tener pesadillas que hacían medianamente interesante una parte del día. No importa dónde empezó, importa que a pesar de haberla conocido antes, fue en algún punto de marzo que nuestro vínculo se empezó a volver serio.

Una taza, dos o quizás tres nos ayudaron a conocernos más, coquetear con ella de la mano en la oficina,

cálida siempre, amarga, así la preferí yo desde el principio, profanarla endulzándola era quitarle parte fundamental de su esencia, ese sabor casi molesto que vuelve un selectivo deleite. Nuestros encuentros pasaron de casuales a habituales, frente a todos, pero como escondidos, mi bebida y yo nos volvimos inseparables en el trabajo, mi vida se volvía mejor, tenía una distracción, un respiro, una caliente caricia que me recorría cada que algo no me placía, no me satisfacía. Hubo lunes que incluso olvidaba masturbarme para llegar antes a la oficina.

La respuesta era bastante clara, debía llevarla a casa, así que lo hice, compré una. Bueno, no me gusta el término, pero lo diré para fines prácticos de comunicación, una cafetera como la de la oficina. Ahí inició mi gusto más recurrente, porque no, no soy un adicto. La espera era menor cada mañana, podía tenerla al despertar, me daba los buenos días, revitalizarme, extenderme en ayuno sin notarlo, reencontrarla en ese pasillo donde inició todo, tener una relación constante y claro, terminar en la noche con ella. Mencioné ya la necesidad de darle un género femenino, es demandante, pide, obliga a dar un sacrificio y gustoso se lo doy, si el sueño se pierde entre sus querencias no puedo hacer nada.

Estoy recostado en la cama y me levanto para beber, llego al trabajo pensando en cuantas tazas, o vasos de unicel podré beber, termino la jornada con aliento sólo por saber que en casa me espera y, velo por la noche por la euforia que me provoca, quiero más, esa agitación disminuye y debo ir por más, ese acelerar de mi latir cuando entra en mí no se debe perder. Las noches se han vuelto un poco más largas desde su llegada, pero no me importa, mis ojos parecen estar creciendo, mi cuerpo adelgazando y mi lengua cediendo por su compañía, pero quiero seguir con ella, o

que siga conmigo.

El mundo me parece más lejano, quizá paso demasiado tiempo con ella, pero la mejor parte es que no cedo, ella cede ante mí, yo la bebo a ella, no ella a mí. Es una relación de comprensión, comprendemos ambos, y cada vez mejor, que el mundo no es lugar para nosotros, que es un fétido pantano de miserables seres que buscan placeres inferiores para librarse de su inevitable realidad. Soy yo, más despierto cada vez, que puedo verlo, que puedo entender cómo funcionan sus mecanismos, sus sistemas, sus políticas podridas, su nula ideología, sus escapes mundanos y sus evidentes adicciones, tanto alcohólico, drogadicto que anda por ahí, a causa de su debilidad ante un mundo que puede más que ellos, lo noto gracias a mi bebida, que me da el poder de estar despierto, que me permite dilucidar todo para encontrarme conmigo y poder ver desde mi ventana su decadencia bajo mis pies, mientras yo, yo crezco descubriendo su somnolencia mediocre cobijándolos, ¿Adicto?, los adictos viven bajo los puentes, dan la vida por una jeringa o a su hermana por un par de líneas, roban a sus míseros prójimos y se escabullen en los callejones como ratas por las cloacas, yo me escabullo entre mis sábanas con ella, todas las noches, toda la noche. Eventualmente nos damos un espacio, duermo, me permite tener mis pesadillas, puedo morir, perderme, matar, renunciar, morir, y despertar con ella en mis manos.

A las mujeres no les incomoda, ni a ella le parece infidelidad que de vez en cuando lleve a casa a alguna practicante o que pague por compañía efímera, siempre y cuando la incluya en el animal rito de copular, ella me da la fuerza para perderme en algún cuerpo femenino y yo le doy confianza al ahuyentarlas al terminar, el pretexto del trabajo y la pronta alarma es bueno, no tienen porqué

saber de mi relación, que quiero una taza, que quiero despertar otro poco para platicar entre ella y yo sobre la poca creatividad erótica de la que ahora va camino a su casa.

Mi relación pide demasiado, pero no pienso dejarla, no me daña, no me hiere, podría dejarla porque no soy adicto, y si lo fuera, lo sería a estar despierto, a estar consciente de lo que todos ven, pero que nadie mira, si fuera adicto a ella, sería adicto a una mejor versión de mí que vive más, que pierde menos tiempo durmiendo y gana más noches pensando, que puede pisotear a todos en sus contadas pesadillas porque sé de que carecen, de que flaquean y a qué falso escape, son adictos.

LE GUSTABA LEER DESNUDA

Le gustaba leer desnuda, no desde siempre, sería infame pensar que sus primeras lecturas: un libro para colorear, la Biblia ilustrada o los Ciento veinte días de Sodoma los había leído desnuda. Pero a partir de los doce años, los martes por la tarde, a las cinco y diez se quita hasta el último centímetro de tela sobre su cuerpo para leer. El objeto poco importa, así como el contenido, el género, o el tamaño de las hojas. Si termina demasiado rápido vuelve a empezar, no pasa a una lectura siguiente. Si no termina será una pena, pero no sabrá nunca más respecto a ello que tira por la ventana que da al basurero de la colonia, convenientemente vaciado por el servicio municipal las noches de los martes. Del objeto sentenciado a ser leído, lo que alcance, o las veces que le alcance a leer en esos noventa minutos, lo lee desnuda.

La desnudez se torna erotismo cuando tiene un propósito de interacción, cuando el matiz sexual se hace presente, y lo estaba básicamente por dos razones, una es que era mujer, la otra eran la presencia de las grafías que, según las variaciones de estilo, autor, y hasta el clima que se colaba en la habitación, oscilaban entre activas y pasivas en el juego intermitente de seducción.

Cierta tarde a sus quince años, sí, de martes, fue a comer a casa de su novio que vivía a tres cuadras. Planear el acontecimiento en que la casa estuviera sola, los padres fueran a la junta escolar con el hermano, la pizza estuviera servida a las tres de la tarde y que coincidiera todo con el día en que celebraban el sexto mes de noviazgo, le tomó al novio una planeación de medio cuatrimestre, sesenta días pensando, planeando y persuadiendo para que todo fuera perfecto. A las tres y media terminaron la pizza, para las tres cuarenta y cinco se habían lavado ambos los dientes, para

las cuatro se estaban besando en la sala, cuatro y cuarto en el cuarto de él jugueteaban bajo una sábana roja, nueva. Para las cuatro veinte él había sentido por primera vez esa humedad especial que indica que una mujer, al menos físicamente, está lista para la interacción con un hombre, para las cuatro veintiocho ya estaba él con el condón puesto sobre su miembro erecto, ella con los pezones hinchados bajo el sostén y las piernas, desde los suaves tobillos hasta los prominentes muslos blancos, abiertas bajo los tablones rojos de la falda del uniforme de la preparatoria. A las cinco diez de la tarde de ese martes, ella estaba completamente desnuda, excitada en el santuario semanal que era su propia cama, leyendo sola un libro de poesías argentinas, indiferente al hecho de hace escasos minutos en que recibió injurias y maldiciones del ahora exnovio, a causa de su inexplicable escape antes de consumir el acto.

El impecable cuerpo de veintitrés años, naturalmente perfumado en cada comisura, terso en todo rincón, sin cicatriz, lunar o imperfección que evidenciara su condición de humana, yacía sobre su cama cada martes a las cinco de la tarde con diez minutos, virgen.

El azar tiene modos extraños e inevitables de trabajar. La perfección cabe en un ser cuando sabe que será efímera, y entre más perfecta, más frágil, más arriesgada y coqueta con la imperfección, más acotada, más perversamente provocadora a un accidente que erradique dicha cualidad de tajo para siempre, cómo en su cumpleaños número veinticuatro.

—Siempre se va a las cuatro y media los martes—, decían sus compañeros de trabajo—. Nunca sale antes, está siempre pendiente del reloj.

—Qué traigan el pastel antes.

—No se puede, retrasemos el reloj cuando no nos vea

y alejémosla de su celular y computadora—. Dijo una voz amistosa que con buena intención marcó la sentencia peor que letal a la joven.

Doce años de constancia se pierden en un segundo de descuido individual, de estupidez colectiva. Llegó el pastel a las cinco, el reloj manipulado por el complot marcaba las cuatro, ella hablaba con la secretaria de finanzas que tenía de pronto mil historias románticas que contarle y le impedía a toda costa distraerse con el celular, las manecillas caminaban, cuatro diez en el reloj, se cantaron las mañanitas, cuatro veinte en el reloj, se repartió el pastel, cuatro y media en el reloj, se terminó su rebanada, salía a prisa...

—Vamos a festejar, anda, es tu cumpleaños, te invitamos—, dijo alguna ingenua contadora.

—Disculpen, me tengo que ir. Ya van a ser las cinco—. Afirmación que llegó muy tarde, que se acompañó de risas y rostros expectantes, de un “Son las cinco y media” que una pequeña comunidad de godínez imbéciles encontraba divertida, hilarante.

No todas las emociones pueden narrarse en un alfabeto, y menos por un alfabeto al que ella había traicionado por una rebanada de pastel, unas palabras que dejó en espera para nunca alcanzar una lectura que dejó de ser ritual, que dejó de ser su amante y cómplice sexual, no todas las emociones, como la de aquel cumpleaños se pueden verbalizar, tal vez como venganza del lenguaje para con su detractora. Desde entonces sólo se desnuda frente a hombres, con ellos no importa el día u hora, tampoco tamaño o complexión, el punto es desnudarse con un propósito, bañarse se ha vuelto fatídico para una mujer que se desnudaba con religiosidad para sus letras.

Le gustaba leer desnuda, ahora lee vestida o se

desnuda con cualquiera, pero nunca con un libro presente, ni con un periódico o cualquier derivado con escrito alguno que le recuerde su vida pasada, a sus múltiples amantes literarios, a sus sementales prosaicos, a sus compañeros mudos de cama, de desnudez, del para siempre mutilado, orgasmo intelectual.

Como un suspiro cantaba, con una voz frágil sobre un escenario frente a butacas vacías en el teatro abandonado que llevaba inactivo un par de años. Las frecuencias de su canto eran tersas, como si un paño fino entrara por los tímpanos limpiando el eco de los gritos, incluso en medio del furor de mi escape, me fue imposible no reparar en ella. Quitando un alto tablón sobrepuesto descubrí la entrada que había inaugurado la portadora de la melodía, que era cada vez más audible y grata para mis oídos conforme atravesaba el patio, entre escombros, basura y un aire bohemio que me alienaba.

Entré al pequeño auditorio vacío, no sin antes lavarme las manos en la única llave medianamente funcional del baño junto a la entrada. Contemplé desde la última fila a la ninfa cantora, tanta era su atención en afinar y respirar, que mi mirada escudriñadora y silente le pasó desapercibida, fue hasta que emití un tosido tímido que mi presencia se hizo verdaderamente presente. Para ese momento ella había dejado de ser sólo un sonido, la luz cenital fue la cómplice que me mostró en su adolescente porte un busto reluciente, una fina cintura conectada a una cadera modesta, unas piernas descubierta bajo un short de mezclilla, todo coronado por un rostro delimitado por castaños rizos que exaltaban unos grandes ojos color miel, jóvenes y perdidos en las letras que parecían estar escritas en sus pupilas.

Expuestos los dos, el espectador y la artista, pretendimos banalizar nuestros crímenes, ella, entre otras cosas, el de usar un escenario ajeno y solitario, de robar con su canto como encanto mi atención alterada, y yo, entre otras cosas, contemplar a la otra criminal desde la

oscuridad. Un halago discreto.

—No pude evitar entrar a escuchar, cuando hace tanto que no hay música aquí, disculpa—. Me pareció la manera ideal para explicitar la camaradería que ya compartíamos.

Los gustosos del escenario, entre otras cosas, portan la avidez de ser vistos, sabiendo esto por experiencias previas, podía intuir que el hacer notorio el goce de presenciar su acto no podía traer más que una grata primera impresión. Aunque ruborizada y cautelosa, se animó a preguntar qué hacía yo ahí. Dar explicaciones nunca ha sido de mi agrado, pero el pretexto para el diálogo con una mujer tan bella, me venía bien. Al contarle que pasaba cerca por casualidad y que su voz me había atraído hasta ese asiento, dio pie a un intercambio de miradas y palabras cada vez menos cohibidas.

Era difícil saber qué hacer en la situación que me encontraba, empatizando con una posible musa, con la huella emocional de mi anterior amor a cuestas, y la urgencia latente de continuar con mi escape.

—No bajas, no hace falta, ya me iba, mejor...

Cómo hubiese querido que no bajara de ese escenario para recordarla siempre en el pedestal de madera en que la encontré. Antes de irme, desde los asientos roídos le habría podido pedir el número, correo, dirección, o algún dato para verla otra vez, pero en cuanto se acercó, su mirada, que me parecía familiar de otros ojos, me lo confirmó. Así como en la mañana, por la tarde no tuve otra opción.

No fue culpa suya ni mía que en el baño no hubiese jabón, que para lavarme las manos hubiera usado sólo un mediano chorro de agua, que la sangre seca siguiera aferrada a la piel de mis dedos como los ecos de los gritos de Mónica, que desde un par de horas antes no era ya una

gustosa del escenario, sino un cadáver frío en un cuarto de hotel despojado de la vida que tomé con mis propias manos, no soy culpable de que la ninfa se aterrara al acercarse a mí y ver el rojo de mis yemas y uñas, que me haya obligado con su intento de gritar a callar su voz para siempre.

Cada que paso por esa avenida recuerdo lo terso de sus piernas, pero sobre todo de su voz, que se mezcla con los gritos en la memoria diluida y agri dulce del día en que dos criminales se dieron encuentro en el escenario y la butaca.

Lo decía un epitafio: *Yace aquí el que encontró el cáliz de la vida eterna, y se ahogó con él*; tal paradoja podría hallarla solamente pasando el día de mi cumpleaños en un panteón. A la noche del entierro de mi tío, en mi festejo, sólo recordaba el epitafio del desconocido, ni las lágrimas de mis tías ni las piernas de mi prima en el vestido negro ajustado que usa en los funerales, sólo el epitafio. Llevaba la quinta cerveza de la noche y aún podía citarlo, media botella de *whiskey* y podía balbucearlo: "*cáliz de la vida eterna*". Vomitaba en el baño mientras dos amigos se cogían a la invitada del que yacía inconsciente en la sala, y no podía articular palabras ni en mi cabeza, sólo estaba el sentir de quinceañero en la búsqueda de vida eterna que dio inicio en un panteón.

Busqué en la fiesta y el furor, pero sólo caí en el gélido amanecer de piernas morenas, cortas o largas, siempre frías. Creí acercarme a conocerlo en atardeceres dorados, prosas de improvisado y melodías de viento, pero las piernas seguían siendo frías en un cuarto de hotel, una casa de campaña, o en la banca de algún parque. Estaba decidido: dejaría de buscar.

—Me rindo. Eventualmente moriré sin encontrar el cáliz de vida eterna, ¿Por qué temer a morir? Es seguro, definitivo, inexorable—, me repetía en largas caminatas solitarias, entonces recurrentes. Un día oí algo, ¿era un río?, no, ¿era el eco de un río?, tampoco, era el eco de una grabación de un río que se reproducía en una grabadora de casete vieja en un terreno baldío. Los pormenores y los porqués de una grabadora de casete encendida una tarde veraniega, mientras caminaba por un sendero antes inexplorado de un terreno baldío que hasta ese día había rodeado para llegar a mi casa después de un porro con los

camaradas, los desconozco, honestamente me parecen de una simple, categórica y sobrada irrelevancia, haberme aferrado a escuchar la grabación en ella me parece un hecho merecedor de mayor interés.

Pasadas tres semanas, en un proceso inconsciente de necesidad de estímulos nuevos, mi cerebro inmiscuyó algunas variables de su propia cosecha al escuchar el eco del río en la grabadora por veintiún noches consecutivas, con ello una nueva certeza: debía encontrar ese río.

Una incansable búsqueda de doce meses, tres semanas y cuatro días me llevó a encontrar el mismo sonido de la grabadora en un riachuelo a medio kilómetro del trabajo de mi papá. Si el sonido estaba perfectamente incrustado en mi mente y lo pude reconocer de una manera casi mística o si lo relacioné por un cansancio que parecía inane, es otra cuestión en la que sobraría indagar. Había encontrado el origen de mis desvelos de más de un año, un año enteró en que hasta pausé mi ansiosa búsqueda en piernas frías, exceptuando claro el funeral de mi tía dónde al ritmo del rosario en el cuarto contiguo, mi prima y yo resignificábamos ese corto vestido gris del “de los funerales” a “la prenda arrebatada para tener su primer orgasmo”.

Creo que es tácita la relación establecida, pero qué tienen que ver el epitafio del desconocido y el hallazgo de la grabadora en el sendero, es una cuestión cuyo énfasis, me parece pertinente: Buscaba mi propio cáliz de vida eterna que no había en aventuras de piernas frías, sino, posiblemente en el eco de un riachuelo desconocido, en un principio inalcanzable que hoy se presentaba frente a mí, ¿Estaba la vida eterna en un riachuelo? Puede ser, tal vez, cabe la posibilidad, mejor dicho... no. Un mísero riachuelo con mierda flotando perdido entre una jungla citadina en

que se esconde la salvaje fauna de alcantarillas no es la vida eterna, y es ahí donde lo entendí, dónde lo encontré, la epifanía se desplomaba como el agua verde desbordada de la tubería fracturada en ese riachuelo, tenía mi cáliz.

Sigo buscando en cada riachuelo el eco del río grabado en el casete de la grabadora del sendero del terreno baldío al que no volví, es más difícil desde entonces porque tiré, casi accidentalmente, la grabadora a la mierda que flotaba frente a mí ese día. Ahora sólo tengo mi memoria como referencia para comparar el sonido.

Por cada dos o tres aventuras de piernas cálidas, llega una de piernas frías, y es ahí cuando salgo en búsqueda de un nuevo riachuelo, lago, estanque, desembocadura de cascada séptica, o cualquier lugar donde haya un chingado cauce de agua, tratando vislumbrar el génesis de mi odisea contemporánea.

Cada funeral de la familia confirmo que la única petición por la que he orado ha sido la correcta, que nunca encuentre, o crea haber encontrado, el lugar dónde se generó el eco del río grabado en el casete de la grabadora que sonaba en el sendero del terreno inexplorado del baldío que hasta ese día rodeaba para llegar a mi casa y al que nunca volví, para así, nunca ahogarme con mi propio cáliz de vida eterna.

Escurridizo, casi tímido, fluía en el camino construido de recuerdos ficticios, versos mudos y besos soñados, el suspiro para ella. Nació concebido por la huella de su memoria y el atardecer, con una Luna voyerista que se asomaba apenas desde un rincón del cielo que ya no era suyo, sino de ella. Tan pronto lo gestaron mis anhelos, nació expulsado por una mueca ambigua, entre sollozo y sonrisa, que la pensaba contemplando la luz dorada que emanaba el Sol sin dar calor, en un diciembre que faltó hasta de frío, incitaba a vislumbrarla en soledad, hacerla manifestarse aunque fuese de manera inteligible para socorrer a la ansiedad intermitente que causaba el extrañar a quien se ama en secreto.

El suspiro, ligero, dulce, terso, sin entender a dónde iba o por qué, tenía una trayectoria definida, que incluso en su ignorancia era imparable. Pese a su naturaleza anónima y sutil, era el regalo perfecto para un alma noble y bella como la suya, pues sólo envuelta en esos rasgos podría alguien percibir la delicadeza de una dedicatoria tan ínfima en apariencia, ypreciada en esencia. Cualquier ser ávido de vulgares adulaciones materiales sería indigno del esfuerzo indescriptible que le tomó al suspiro atravesar cuatro estados con sus variantes climáticas y relieves, para poder rozar en un instante peligrosamente efímero la oportunidad de generar en ella un estímulo espontáneo, sin justificación aparente.

Confundido y agotado por el viaje, con la mínima fuerza que aún tenía, el suspiro se acercó a supreciado y desconocido destino. La travesía encontró materializada la más afable recompensa: una mirada amable en los ojos castaños más certeros y tiernos que hayan parpadeado

nunca, contemplando el mismo atardecer que lo engendró, una línea curva dibujada en unos labios dotados de la coquetería y el recato propios de una dama contemporánea, unas manos pequeñas, blancas como el resto de su piel de seda sosteniendo una humeante taza de té que matizaba el aroma que el cabello de ella brindaba a la atmósfera en esa terraza de madera. Al suspiro le abrumaba tal presencia, le era ajeno su propósito frente a tal oda a la feminidad, pero siguiendo la pulsión que lo había guiado, avanzó hacia su delicada nariz, deseando ser absorbido en un respiro fatal que le diera sentido a su existencia. A punto de lograr su cometido, a escasos centímetros, ella sopló al té caliente, al humo, y accidentalmente al suspiro, exiliándolo al bosque, lejos de ella y de su encuentro.

Yacía en la tierra junto a las raíces de un roble, solo, sin poder moverse, ni adivinar más dónde estaba él, o ella. La presencia del suspiro pasó inadvertida ante ella, sin embargo, como un milagro que sólo el reconocimiento de una belleza en otra puede provocar, tras levantar sus largas pestañas ella divisó al Sol ocultándose en el horizonte, bañado de un rojo intenso, como si la mirada de la joven lo hiciera sonrojar. En un instante nuevo, nació un suspiro emanado de ella, cargado de su luz y de su paz que en un exquisito gesto alcanzó al suspiro herido que se había casi desvanecido entre las raíces, y por un segundo, quizá menos, antes de desaparecer por completo, mi suspiro y el suyo, en un paroxismo etéreo sexual, cuál orgasmo divino, fueron uno, cómo ella y yo nunca pudimos ser.

SUICIDIO EN EL JUEGO DE UN *McDONALD'S*

Caminaba sin titubear en su trayecto hacia las escaleras amarillas de plástico. Ignorando todo, se dirigía hasta el punto más alto del juego del restaurante. Era el 30 de abril de 1996, tenía cincuenta meses de edad y estaba decidido, tras una larga cavilación, a suicidarse en el juego de *McDonald's*.

Las razones podrían parecer pocas o muchas, trascendentes o irrelevantes, pero la decisión estaba tomada. El origen de la idea se remonta a cuando su perra "Chacha" murió dos meses atrás. Una Alaska de cinco años que se aventó desde la azotea el día que la cuerda que amarraba su cuello al fin se venció, cayó directamente en la cisterna del patio, que estaba abierta para ser revisada ese día. Esa fue la explicación que le dieron sus padres cuando despertó del desmayo, ya que poco antes de que aquella caída fatal ocurriera, esperaba a su madre con la llave abierta en la tina para que lo bañara. Viendo cómo el agua transparente se tornaba roja en el chorro que caía sobre sus pies a causa de la sangre del animal, se confundió hasta el desmayo.

Cada mañana el pequeño desayunaba cereal de ruedas de colores con leche. Era tarea matutina de la madre, desde ese día, evitar que hubiera demasiados cereales rojos que pintaran la leche y le provocaran otro desmayo. A su corta edad, comprender el fenómeno de la muerte resultaba demasiado complejo, los arcaicos intentos de sus padres por explicar el suceso no ayudaban y la ausencia del perro que tenía más tiempo en la casa que él, era un constante recordatorio de que había muerto. El tercer intento, primero llevado a cabo con éxito, de exhumar al perro del jardín (logro que trajo consigo ver al niño arrastrando un cadáver mal oliente, agusanado y sucio regando sus fluidos por la casa), fue la señal para tomar medidas definitivas al asunto, así que

los padres, conscientes de su falta de experiencia para ayudar a su primogénito, tomaron medidas drásticas.

Solían visitar muy poco la casa de “Tita”, la abuela paterna del joven profanador de tumbas caninas, era una mujer vieja, cansada, un tanto melodramática, con excelente sazón para la comida tradicional mexicana y pésima para preparar pasteles, aunque eso era, según ella, su mayor vocación, pero sobre todas las cosas, Tita era católica. Arriesgarse a infectar una mente infantil con las atrocidades que los creyentes dicen era peligroso, sin embargo, los padres estaban desesperados y le pidieron a la anciana que tuviera *esa* plática con el niño.

—¿Al cielo?— Fue la única pregunta del niño que interrumpió el monólogo de la vieja sobre la vida eterna, paraíso y el resto de la parafernalia mitológica que intentaba aminorar la nostalgia del infante.

Sin duda, la nostalgia y casi hasta la memoria del perro se había ido, pero había dejado la semilla de un nuevo entretenimiento para su pueril mente, y es que intentar entender lo que significaba el fallecimiento de su perro había puesto en constante actividad su pequeño cerebro, dejando ya el hábito de pensar, que ahora encontraba una nueva distracción, el paraíso. Poco comprendían los padres sobre qué había hecho la mujer para quitar el semblante depresivo del rostro inocente de su hijo y prefirieron dejarlo así, porque había funcionado, lo que no tomaron en cuenta es que el semblante de paz era resultado de la fe, la esperanza, y sobre todo, de la seguridad de que el cielo era hermoso, divertido, colorido, brillante, atractivo, incitante, un lugar en que todos, particularmente él, quisieran estar.

Pese a lo animado que estaba por llegar a aquel lugar majestuoso, lleno de ángeles y dulces, sí, dulces “para gente y para perritos” dijo la sabia abuela católica, no estaba muy

seguro de cómo hacerlo y ya que la plática con la abuela había sido, por la diferencia con las creencias de los padres, algo sólo entre ellos dos, no tenía a quién preguntar, sólo sabía que debía morir para llegar ahí.

En los años noventa, distracciones como un smartphone, tablet, e incluso dichos términos, estaban fuera de contexto, pero un viejo antecesor era fuerte y fiel herramienta pedagógica en las familias: la televisión abierta. Sería complicado y sobraría precisar si fue en una telenovela, noticiario o reality show, pero había ya tres opciones puestas sobre la mesa para lograr su cometido: un revólver, chocar en un auto a toda velocidad y veneno.

La inquietud de un niño puede ser sorprendente, pero más aún su curiosa convicción. Lamentablemente, los intentos con cada una de las formas de alcanzar la preciada muerte fallaron. Su revólver de plástico no tenía más que balas de goma amarillas con las que fue imposible perforar su cráneo, el carro eléctrico que corría en el patio tenía todas las medidas de seguridad para que un niño de cuatro años pudiera derraparse a endemoniados 4.5 km por hora sin hacerse daño y la exorbitante cantidad de refresco de Cola, veneno que su padre escondía en la casa por la salud de la madre diabética, no hizo más que enseñarle al aspirante a suicida que podía aguantar hasta 22 horas seguidas sin dormir.

Cansado y de nuevo con los ánimos bajos, los padres decidieron animar al pequeño llevándolo a su lugar favorito con el pretexto del día del niño, *Mc Donald's*. Entre lo poco que había dormido y sus tres decepciones consecutivas, fue inusual la falta de arrojo que tuvo al ver y abrir la cajita feliz.

—No puedo morir—, estuvo a punto de decirle a los padres que no dejaban de preguntarle qué le pasaba, cuándo una imagen a lo lejos le distrajo e hizo que olvidara por completo lo que iba a decir.

Estaba recién inaugurado por el festejo del día, el más grande juego de restaurante que jamás hubiese llegado a la ciudad, tal vez a toda la provincia. Fue inexplicable, pero tan grande era la sonrisa del niño, que no tuvo obstáculo ni cuestionamiento cuándo se paró de la mesa de un salto y caminó directo hacia las escaleras del juego al otro lado del lugar.

Son irónicas, a veces, las consecuencias de nuestros actos. Para sorpresa de todo ser de razón, la ferviente fe de la vieja, era cierta, sólo que olvidó un detalle, los suicidas no van al cielo, ni los perros, pues no pueden “decidir” ser buenos o malos para merecerlo y peor aún, si no son bautizados.

Los cuatro: la vieja, los padres y el niño, arden para siempre en el infierno ahora por las razones siguientes: el niño se aventó de lo alto de la escalera y se golpeó justo en la cabeza, murió al instante. Antes de aventarse un niño alcanzó a preguntarle qué hacía y éste contestó:

—Voy al cielo.

Los padres lo supieron y entendieron que esa estupidez podía sólo venir de una persona, la mujer corrió a matar a su suegra a golpes, pasó en la cárcel el resto de su vida, y aunque su esposo y ella nunca se divorciaron, éste frecuentó a tres mujeres durante los años que siguieron, hasta que la sífilis lo mató y a los pocos meses a su esposa.

Suicidio, asesinato, levantamiento de falso testimonio y fornicar, llevaron a la familia completa a gozar de una hoguera en conjunto por la eternidad. ¿La perra? Prueba suerte en la Tierra una vez más, esta vez con mayor libertad y la virtud del albedrío, es hombre.

LA PARÁBOLA DEL MENDIGO EN EL MUELLE

Elena decidió internarse en un boliche, el clima fresco junto a la rambla en Montevideo exigía un resguardo y la pesadez de una nueva relación terminada en malos términos, un Fernet con cola. Nunca había entrado a Bluzz, realmente la zona de ciudad vieja no le era del todo familiar. En los meses que llevaba en la ciudad había frecuentado con amigos de la facultad y otros Valencianos varios sectores, pero la caminata que esa tarde empezó en Pocitos la había llevado hasta allí, absorta en sus memorias e indagaciones de cómo es que siendo guapa, europea e inteligente, las relaciones en su vida pudieran concluir en gritos, reclamos, un último polvo violento y un adiós sugerido en el azote de alguna puerta.

Sólo pasaron dos tragos al vaso antes de que un porteño le hablara, alto, seguro, fornido y buen tipo, fue una lástima mandarlo a cagar, al igual que a los demás valientes que trataron probar suerte al verla sentada sola en la barra. Acompañada de otros cuatro Fernets, un vino y una Patricia, observó en el transcurso de la noche a tres minas que salieron con nuevo galán, dos locos que sin que nadie más los viera se mandaron señas desde lejos para encontrarse en el baño de hombres, un mexicano queriendo convencer con tequila a una brasileña rubia que se fuera con él, sin éxito, y pila de gente entrando y saliendo buscando una sonrisa, una mano o unas caderas que le incitaran a vivir una gran aventura nocturna junto al Río de la Plata. Elena se preguntaba cada vez con menor ilación, aunque no por ello profundidad, si se habría visto así alguna o varias veces, danzando en ese revoltoso zigzaguo de emociones y pulsiones desbordadas en encuentros gratos u olvidables, buscando únicamente acallar ese sórdido sentir que ahora la aquejaba en contraste con la diversión imperante del lugar, la soledad.

Pasadas las cuatro de la mañana la gente no dejaba de entrar, amotinados como si la mitad de la población se hubiese dado cita en aquel lugar. Elena pagó, tomó lo que quedaba de su cerveza y salió. El camino hacia la playa fue un tanto incierto, recuerda haber sido empujada, tocada por un tipo que no alcanzó ver, al igual por otro que la besó y que incluso logró calentarla un poco antes de que la novia regresara y se lo llevara, atravesar algunas calles y tirarse entre las huellas que la noche había dejado sobre la arena para lamentarse por una mala noche.

El sollozo de un hombre en el muelle llamó su atención, estaba sentado abrazando sus piernas, usaba pantalón y un buzo apelmazado por la mugre, al igual que su cabello castaño y largo, no podía distinguir a la distancia más. Estaban solos de ese lado de la rambla, lamentándose frente al agua, bajo el cielo que se acercaba a despedirse de la oscuridad. Sin mucho razonamiento al respecto se aferró a la botella de vidrio que traía consigo para poder responder a cualquier amenaza y caminó hacia el hombre.

La cautela fue decreciendo a la par de la distancia, que permitía cada vez mejor percibir la tristeza del hombre, que era sincera y profunda. Elena le saludó sin respuesta, fue hasta que le rozó el hombro con un golpe de sus dedos que notó que ella estaba allí.

—¿Está bien... señor?

El silencio siguió casi un minuto, hasta que el hombre giró el rostro y la vio directamente. A pesar de que era sólo la Luna la que les permitía verse, el reflejo de los ojos oscuros e inquisitivos del hombre en la mirada cansada y expectante de la joven era nítido, de una densidad que se sentía en el frío que bajaba de intensidad, mientras que los verdes ojos de ella recuperaban enfoque y ganaban confianza en el mendigo que la observaba desde el suelo. Ella respondió al gesto

extendiendo su mano ofreciendo la cerveza, que el hombre bebió de un trago sin hacer una sola mueca.

Aceptar el trago a alguien rompe el hielo, pero beber de pico de la misma botella, crea un lazo inmediato.

—Siéntate, no muerdo—, dicho con cierto carácter imperativo y una risa ligera, dieron a la chica la sensación que debía de salir corriendo, disipado por las grandes y profundas cicatrices que notó en las manos del hombre, que la convencieron a seguir el otro impulso, el de sentarse junto a él.

Justo cuándo Elena se disponía a preguntarle por qué lloraba, el hombre dijo:

—Queda poco tiempo antes del amanecer como para desperdiciarlo en abstracciones y lamentos. Bastante debería ser con no estar muerto ni desesperado como algunos dicen, sin embargo, míranos, alejándonos del bullicio del gentío, y estando seguros, protegidos por el muelle, nos tememos entre nosotros.

No comprendía del todo las palabras que acababa de escuchar, sólo sentía y sabía que eran las justas y necesarias para hacerla perder toda barrera y miedo al hombre de aspecto tan sucio y amable, que le ofrecía contra toda lógica, una sensación de intimidad total.

—No te temo, sólo no te conozco—. Afirmó ella con un tono amable.

—Cómo no me vas a conocer si me tienes frente a ti, y no digas que no sabes mi nombre que eso nada tiene que ver con conocer a alguien. No, tú me temes porque crees que te veo como los otros, tal vez no por todos, pero te sabes deseada, más que amada. Mujer, para algunos el simulacro de calor del deseo sería suficiente, poder compartir de manera efímera o trascendente alguna experiencia desde el mismo terreno de suelo, con un pasado similar, un futuro igual de incierto, con

los mismos miedos y tristezas, eso es un privilegio también.

La apertura que sentía de principio empezaba a nublarse conforme los efectos del alcohol se iban diluyendo en su sangre, pero la serenidad y convicción con que hablaba el hombre funcionaba como aliciente para quedarse, querer escuchar más de lo que esa voz calma y grave decía.

—No hablas como un mendigo cualquiera—, dijo ella en voz queda, el hombre la vio de reojo y soltó una carcajada, la cual continuó por poco más de un minuto, hasta asomar algunas lágrimas.

La mirada de confusión de Elena fue la que lo hizo parar antes de que su espontánea reacción la asustara.

—Perdona, es que tienes razón. Sólo recuerda que hoy soy un mendigo, pero tal vez no lo fui ayer o no lo seré mañana.

La chica respondió insistente que no quiso ofenderlo, él le respondió que no lo había ofendido y que tampoco pretendía hacerlo, mientras acarició el rostro de ella con delicadeza y seguridad, con un aire de cotidianidad que en otra circunstancia le habría parecido a Elena un abuso, hasta una falta de respeto, pero no, la suavidad del roce propició que el gesto dividiera el resto de la noche en el antes y después de aquel tacto, que envolvió a la joven en una dulzura que hacía décadas no sentía, matizada con una atracción de dulzura tal, que convertía la espontánea excitación de la chica en un sentir puro.

El aspecto del acompañante era deleznable, capaz de alejar a cualquier mujer a no menos de quince metros, el cabello hecho nudos, el buzo con manchas oscuras y rasgaduras en la mezclicilla del pantalón, pero tras apenas unos minutos compartidos, Elena pudo notar que aunque tenía heridas en las manos, algunas cicatrices en el rostro, y los pies descalzos fisurados, los rasgos de su cara respondían a

una edad no mayor de treinta y cinco, sus dientes eran rectos y uniformes, la serenidad de su voz era más cálida que la de cualquier buen chico que hubiese tratado y sus ojos, gritaban una tranquilidad a la cuál sería fácil aferrarse.

—¿Tienes casa, dónde dormir?— El hombre no respondió más que con una sonrisa, al igual que a la invitación de Elena de ir a su piso dónde podría ofrecerle un sillón y una regadera.

Después de un silencio y una mirada a la mujer que tenía a lado el hombre respondió:

—Nos perderíamos del amanecer, mejor esperemos a que el Sol se separe del horizonte aquí, para despedirnos.

La chica se sintió rechazada por un hombre sucio, con la zona más superficial de su orgullo herido, cuándo el hombre posó su mano, con una gran cicatriz en palma y dorso, sobre la suya, el vano sentimiento desapareció y dio pie a una felicidad total de compartir la última hora de oscuridad de aquel día con un desconocido que le generaba más confianza y deseo que cualquier amistad que hubiese tenido antes.

Irrumpiendo en el silencio compartido, la voz del hombre en un bajo volumen que obligó a la chica acercar el oído a su boca, le preguntó:

—Eres hermosa, inteligente y fuerte, ¿Por qué no eres feliz?

La chica terminó de escuchar la afirmación, casi ignorando la cuestión, se recargó en el hombro del hombre, del que se despedía un olor a humedad asentada a causa de la tela, pero viril y limpio de cuerpo, y susurró:

—Todas mis relaciones acaban mal.

El hombre la miró sin mover la cabeza para evitar que la posición cómoda que había logrado en su hombro se viera turbada.

—Lo sé, la soledad es una carga pesada—... La chica

interrumpió y se irguió para quedar frente de él mientras hablaba con vehemencia—. ¡No! La compañía, la idea de la compañía y la soledad lo es. La barrera entre ambas que nos tiene pensando todo el tiempo de qué lado estamos, yo estoy sola ahora con un desconocido que me hace sentir acompañada, la soledad regresará en una hora que entre a mis sábanas, pero con el recuerdo de esta charla, de la gente en el *Bluzz*, de mis parejas, mi familia. La carga es que no podemos estar completamente solos porque siempre nos acompañan las memorias de cuando estuvimos acompañados, y eso nos confunde haciéndonos creer que estamos errando, que andar solos está mal y buscamos otra memoria, sin pensar en que justo ese deambular entre ambos estados es lo natural, vivir en intensa y total compañía para luego recordarla en inmensa y total soledad y seguir con el círculo, una y otra vez.

Por vez primera en la conversación era Elena la que parecía darle una lección al hombre que aparentaba treinta y tres años, pero que tenía un andar mucho mayor. El silencio fue elocuente entre ambas miradas que se encontraban en un deseo compartido de soledad y compañía mezclados, que deseaban esa paradoja en su máxima expresión. El Sol emergió del mar a lo lejos, iluminando todo de un color rojo incesante, como invitados por esa luz escarlata, lo etéreo y lo humano se fusionaron en un encuentro sexual sobre el muelle que ambos participantes podrían recordar por siempre. Los dos seres creaban a cada movimiento y espasmo muscular una unión mística que les brindaría compañía hasta en la mayor de las soledades por venir. Si transeúntes en la acera pudieron ver la piel morena de él sobre la blanca y suave epidermis de ella, las laceradas manos ásperas explorando constantemente los prominentes muslos y los firmes senos, o el gesto sediento del hombre asociándose con las lágrimas de placer emanadas del rostro de la mujer durante el más

intenso orgasmo, no lo supieron nunca, posiblemente habrían querido que el mundo entero contemplara tal espectáculo supra humano para compartir la entera sensación del fin de la angustia de la soledad, o que ni el Sol hubiese sido testigo para tener la intimidad que se tiene cuando uno dialoga con la razón y las culpas en silencio, sin embargo, no importaban los espectadores, ni el frío, ni los golpes y raspones propiciados por la madera vieja en los cuerpos, ni el encuentro mismo era lo importante en el sentir imperioso y absoluto.

Al terminar la explosión sensorial, la luz del día había ya caído sobre ellos, dándoles el gozo de poder contemplarse enteros y desnudos frente al mar. No hubo más palabras, sólo un momento de ella en brazos de él para que su respiración tomara un ritmo natural y un suave beso en los labios antes de vestirse e irse sin voltear para no verlo de nuevo jamás.

La ahora mujer recuerda en ocasiones esa noche como un sueño, otras como un capítulo sui generis dentro de su juventud, otras, las menos, como una experiencia que cambió su percepción sobre la vida de una manera casi divina.

Del hombre poco se sabe, posiblemente siguió vagando por el mundo de manera anónima, cambiando de oficio e identidad, todo pudo haber ocurrido después de vestirse y partir caminando sobre el agua aquella mañana en Montevideo.

No estaba de humor, a las tres de mañana es difícil estarlo sin estar embriagado de alcohol o feromonas. Con la última galleta se iba el resto de las provisiones para la noche de sábado, sólo quedaba propiciar el insomnio espiando las redes sociales ajenas, como si fueran ventanas directas a la habitación principal de sus casas, algunas con cortinas floreadas, otras con persianas entreabiertas, y otras desnudas, con las ventanas abiertas de par en par, como pidiendo que un ávido visitante fuese y diera un vistazo entre furtivo y cínico. Entonces, navegué libremente entre las palabras melosas, absurdas, pretenciosas y en ocasiones hasta humanas, de mis colegas de desvelo solitario, esta última inferencia se la atribuyo a que no encuentro lugar más solitario que una red social, es el refugio de las soledades acumuladas más grande del mundo, incluso aquellas publicaciones grupales permiten dilucidar la soledad compartida de una realidad que no es suficiente y tiene que complementarse con la colectiva virtual, en fin, navegaba ahí. Entre imágenes alteradas para dar risa, alteradas para dar buena impresión, alteradas para simular felicidad, hasta entre las alteradas para generar una falaz e irónica situación de desprecio por la red en la que se hacía pública, el despegue fue lento, dubitativo, como un amateur que no sabe qué camino seguir, al cabo de unos minutos el *expertise* despertó motivado, con cierta dosis de interés, apoyado por la pupila, estimulada por los píxeles que en comunión la habían engañado simulando la piel de una supuesta conocida que se presumía aburrida en casa, en su cuarto, en su cama, en su piel receptiva del invierno, y que encontraba calefacción en un café sin azúcar, pero ni en un escote más corto ni un short más largo; “*Muriendo*

de frío” publicado hace 52 minutos, tenía ya 47 “likes”, “*me gusta*”, cuarenta y siete *clicks* o toques digitales esporádicos en dispositivos aislados entre sí, expresando algo en común. Puede entenderse que es algo en común por la similitud entre la expresión de agrado que comparten, pero varios estímulos provocados por el mismo suceso, con génesis en la misma imagen, me sedujeron a indagar más, de los cuarenta y siete, ahora cuarenta y nueve involucrados, treinta y uno eran hombres jóvenes enlistados en los “amigos” de la modelo en cuestión, dos eran familiares mayores suyos, uno de ellos comentó algo a su sobrina, junto a los piropos directos, indirectos o con atisbos de ingenio que acumulaban su primer docena, once manifestaciones de “gusto” pertenecían a mujeres jóvenes que podrían asumirse como congéneres contemporáneas que aprecian el buen ver de su conocida, o que bien aprecian que ese bien, no supere el “bien” de ellas, o que sonríen y dan un *like* como agradecimiento por aumentar un poco su ego una noche más, en fin, la mente de la mujer y las reacciones que tienen entre sí, es una cuestión sobre la que ni el más conocedor debería atreverse a aseverar; había un *like* más en la lista, el que más me sorprendió, que llegó ahí casi por azar y del que me percaté hasta entrado en mi lectura de dicha lista, era el mío.

· **A ti y a 48 personas les gusta esto.**

Red Social en mi monitor.

Caí en cuenta que de manera casi inconsciente había brindado un valioso instante para mover mi brazo, ubicar mi mano sobre el mouse, colocar mis dedos en la posición aprendida, deslizar el objeto de la luz roja sobre la superficie plana de mi escritorio, ubicar, en un proceso de coordinación

sumamente complejo de explicar, inimaginable para mis antepasados, el puntero en la pantalla sobre la frase “*Me Gusta*”, que se veía subrayada mientras aplicaba una precisa cantidad de fuerza con el dedo índice sobre el botón izquierdo del mouse para generar la selección, la decisión, el *click*, y con ello manifestar de manera pública que me había gustado esa acumulación de cuadros de colores que engañaban a mi cerebro estimulando mi pupila, Un proceso tan complicado que sólo el hombre podría realizarlo, causado por un estímulo tan falso y dependiente de la convención, que sólo un hombre podría creerlo. Había yo dado *like* a esa fotografía en la red social sin pensarlo mientras veía las piernas de la muchacha que enfrentaba el frío con un café caliente, playera deportiva y unos cortos shorts en su cama de sábanas rosas, ¿Por qué? ¿Pensaba con esto iniciar una conversación vía mensaje privado con ella?, ¿Manifestar mi deseo de acompañarla en ese lugar a esta hora?, ¿Un elogio preservado para que la próxima vez que me la topara en Monterrey, es decir, a sólo siete estados que nos separaban, recordará que presté atención a un momento de su soledad y así iniciar una conversación inmediata, o por lo menos agilizar el proceso de inicio de la misma?, ¿Pulsiones?, ¿Sentimientos?, ¿Proceso lógico conciso y explícito?, no lo sé, no comprendo este protocolo, mi generación preguntará a la siguiente sobre el proceso de esta herramienta y sus funciones, es un engaño pensar que eso sea algo que mi generación sepa, sé perfectamente cómo explicar hasta a un chimpancé las instrucciones exactas y claras para dar un *like* y lograr que lo haga, pero no me arriesgaría a explicarle al más ávido curioso cuál es su función, pues me parece que es una información que simplemente rebasa mis preceptos.

Habiendo dado el *like*, me ví obligado a recibir las

notificaciones de los acontecimientos de última hora que ocurrían a dicha fotografía en la red, parecía ser un fenómeno de aquella noche, quizá la sobreexposición de la lámpara de noche pareció interesante como una propuesta estética, el plano entre holandés, americano y a la nueva ola francesa, intrigó quizá a los usuarios, no lo sé, pero los 135 me gusta otorgados en dos horas a la fotografía de la chica de los *shorts* negros con encaje blanco subyacente y café siguieron llamando mi atención los siguientes setenta minutos, en los cuales revisé los perfiles que brindaban cada nuevo *like* a la fotografía.

Estar solo en casa una noche recibiendo la atención de ciento treinta y cinco personas en dos horas es un lujo que sólo la era cibernética podría brindarnos, bendigo al internet y la opción de ser engañado en conjunto por píxeles cuadrados que presumen su habilidad de comunidad al formar líneas curvas tan perfectas y en tan adecuada proporción, sin tener muy claro el porqué de mi enigmático *click*, seguí pendiente y noté que mi última fotografía publicada no llegaba ni a los 27 *likes* en los cuatro meses que lleva en la red; respetaba la ley de tercios, hacía un juego interesante entre la temperatura de luz de ventana y la del techo, dejaba notar claramente mis rasgos faciales y conocer a través de mi vestimenta, en buena parte algo de quién soy, incomprensible sí, pero a la vez intrigante.

Aburrido de tanto indagar en mis pensamientos, decidí confrontar la situación y salir de mi duda, tomé una fotografía de mí mismo lo más parecida a la de la chica, con la misma intención en el rostro, *shorts* cortos, sábanas rosas y un café. La imagen ronda ahora entre amigos y conocidos, recibí la atención 150 personas que dispusieron sus *clicks* hacia mi imagen, alterada para recibir atención, no he tenido una publicación más popular desde entonces,

ni la tendré, parecen prestar más atención a ello que a las fotografías que publico en escenas del crimen y desastres que tomo fuera de las encomiendas del periódico en el que trabajo, fue un experimento interesante, no me comentaron elogios, pero me brindaron su atención, no es que sea para eso la red social, pero la obtuve, y no negaré, que disfruté cuando retracté mi acto al dar un “*Ya no me gusta*” en la fotografía de la chica, y dí el *like* 151 a la mía.

Recuerdo medianamente, la imagen de ella en el centro de mi habitación, esa que rentaba cerca del metro Portales en la capital mexicana. Habita en mi memoria una línea cronológica de hechos ordenada, tal vez ya, arbitrariamente, fiel más a la narración que me he contado unos centenares de veces que a la realidad objetiva que quedó diluida en el tiempo.

La conocí en la cocina que compartía con los demás inquilinos de la casa, ella venía por la fiesta que ofrecieron las del piso de arriba y como su baño seguía ocupado por los novios, amigos de la anfitriona que cogían desde hace dos horas, se vio obligada a bajar a buscar uno en la planta baja, que era apacible y oscura como solía ser las madrugadas de los sábados. Escuché la llave del lavabo abrirse en el baño que se encontraba justo al lado de mi cuarto. Yo había terminado la décima cerveza y jugaba con mi cámara, esperando que en la penumbra una exposición de minuto y medio permitiera vislumbrar algún ente, conciencia, o presencia incorpórea que me estuviese haciendo compañía sin que yo lo supiera. Coincidió mi repentina hambre con la salida del baño de aquella chica, que a juzgar por lo que puedo recordar, tenía un considerable porcentaje más de alcohol en la sangre que yo, lo que hizo fácil iniciar la conversación entre una invitada aburrida y un fotógrafo sin modelo, ebrios y solos, a las tres de la mañana en la misma casa.

Ella había estado tomando tequila desde hace tres horas, yo cerveza desde hace dos, las tres cervezas y el vaso de unicel con charro negro que intercambiamos vinieron a potenciar el efecto del alcohol en nuestros cuerpos y mentes, la manera de comportarnos, comunicarnos y

mirarnos es difusa cuando trato de remembrarla, pero la sensación es fuerte. Soy partidario del blanco y negro, en cualquier formato y estado lo encuentro sumo más interesante que lo heterogéneo y dispar del color, al igual que el alto contraste y el retrato del desnudo, que bajo la ropa no hace más que ocultar lo que queda de natural en cualquier sujeto.

Puede ser que hayamos esperado al amanecer para tomar las primeras fotografías a la luz del Sol saliente, para infiltrar entre los grises su esencia mística de manera anónima, despojándolo del dorado característico que iluminaba sus senos pequeños, puede ser que las primeras tomas hayan retratado su sexo bajo el manto de la oscuridad, emulando la misma búsqueda intangible que llevaba a cabo antes de su llegada, quizá me fue imposible resistir encender la luz para que su rostro fuese expuesto dentro de una toma abierta que enfrentara sus delicados rasgos femeninos y pueriles, con el desorden cotidiano y banal de mi ropa, comida, computadora, guitarra y libros en el cuarto, existe una remota posibilidad de que haya fotografiado sus pies descalzos sobre mi colcha o sobre las botellas de vidrio vacías, contrastando la delicadeza o el calor con la rugosidad o el frío, pero nada se puede asegurar.

La idea de su cuerpo entregándose a mi lente en intimidad me da una satisfacción que sigue aquejando mis experiencias posteriores, que se comparan con aquella noche sin que pueda impedirlo y salen siempre perdiendo. El único testimonio tangible que me queda, como el suvenir de un país al que se viaja y se regresa con el exacto costo del boleto de avión y una concha de mar, es su arete olvidado (tal vez olvidado, tal vez dejado a propósito). Lo encontré después de cerrar la puerta una vez que ella salió, después de tumbarme vestido en mi cama en espera de una fuerte

resaca, después de borrar las fotografías que nunca vi por respeto a mi memoria, que en ese momento creí sería más fuerte que las imágenes digitales en un dispositivo electrónico, erré.

El vestigio de su presencia es ese arete, de su existencia no tengo, pues al parecer había sido la invitada de un invitado de alguien que se coló a la fiesta de arriba cuando todos ya estaban demasiado drogados y borrachos para presentarse, o al menos esa era la única descripción medianamente congruente. Sé que no hubo sexo, tampoco demasiada charla, sólo la entrega de una desconocida a un desconocido de su imagen para ser perpetuada en píxeles, que la soberbia hizo perder para reconstruir en analepsias errantes y confusas que profanan la esencia confiada en una noche en la mitad de la negrura intermitente por juegos de luces, naturales y artificiales, que dejaron sólo en sueños repentinos, la pátina de una experiencia que se sigue construyendo cada que la cuento, o cada que veo el arete.

Puede ser que haya sido una aventura maravillosa digna de contar, es ya una anécdota del repertorio que me mostraré antes de morir, pero podría serlo también si partiera todo de una ficción creada a raíz de un arete olvidado en la cocina por una invitada de la fiesta del piso de arriba, en ese cuarto rentado, una noche que recuerdo medianamente.

CARRERA EN LA 2 PONIENTE

Por la mañana, la luz roja está encendida en el semáforo de la 2 poniente. A lado de la ruta 3 Zavaleta que maneja Luis hay una ruta 3 Buenavista, ambas tienen en común más de la mitad del recorrido. Aún les quedan alrededor de quince kilómetros de destino paralelo, aún les quedan unos quince minutos de competir por los pasajeros que hacen la parada, por esos seis pesos que proporciona cada uno, pero sobre todo, unas veinte esquinas impregnadas de la oportunidad de hacer trizas al otro. Se enciende la luz verde, los choferes de ambas rutas pisan el acelerador. Ignoran a una señora, que corre hacia ellos pidiendo la parada. Para poder tomar velocidad la dejan atrás, siguen su camino, la unidad 24 que maneja Luis pierde ventaja por una, dos, tres, cuatro calles, la contienda ha terminado y Luis la ha perdido.

Los rostros molestos que imperan en el pasaje muestran la falta de empatía con Luis, parece difícil que entiendan esa pequeña satisfacción que brinda el dejar al otro atrás por uno o dos semáforos, que es el aliciente que le da la acalorada tarde para no estamparse a toda velocidad contra una pared, con el grupo de desconocidos que nada le importan, en el camión que maneja sin ser suyo, para deshacerse de una vida que, sin haber pensado mucho al respecto, es consciente que no vive, sino que sobrevive. Así pasa el resto de la tarde, de la noche, hasta cerca de las doce que una aparente venganza se deja venir. Con la sensación de ir mentando madres como alivio, después de subir el volumen a la cumbia sobre el río esperando que el alto termine, una vez que una rubia exuberante se sienta en el asiento improvisado tras besara a Luis y tocar su entrepierna, una camioneta Hummer amarilla se detiene a lado de Luis, cofre a cofre, hace sonar el claxon con insistencia, el

potente motor de la camioneta compite por monopolizar los oídos que deambulan por la calle con el escándalo que propaga la bocina y escape roto del camión, y aunque en ello empatan, a Luis le queda claro que las señas son directas, se le está presentando una nueva oportunidad de ganar. En el semáforo que ordena sobre la calle perpendicular a la del enfrentamiento, la luz verde parpadea, la rubia se quita el sostén, Luis pone sus dos manos sobre el volante, la rubia se coloca en cuclillas con la cabeza recargada en la pierna del chofer. Luis sube aún más el volumen a la música, la rubia se toca los pechos en movimientos circulares y llama al hombre por su nombre, (con una voz misteriosamente parecida a la de su hermana), Luis se acomoda la gorra, la rubia lame la rodilla sobre el pantalón de mezclilla sucio, la luz amarilla se hace presente y concluye con un verde en el semáforo que inicia la carrera en la avenida que es ancha, pero con un tramo corto antes de que se una a una angosta calle llena de autos viejos estacionados, algunos en llamas y gente cruzando. Apenas cinco calles irregulares delimitan la pista, la rubia llama a una amiga morena que se encuentra desnuda sentada en la primera fila de sillas del autobús, Luis ignora por completo las manos levantadas, chiflidos e injurias en su contra que vienen desde el exterior, las dos mujeres rozan sus genitales entre sí sobre el piso de fierro negro, Luis las toca sólo para alejarlas de la palanca y seguir manejando, la camioneta le va ganando por medio vehículo, las mujeres se tocan y lamen sin pudor, el chofer de microbús no se permite bajar ni un poco la velocidad, la actitud de las mujeres pasa de sensual a animal, pero no es hasta que Luis rebasa a la camioneta y la deja atrás, que logra llegar al orgasmo mientras se masturba en la bañera concentrado en la fantasía que le permite socavar otro día cómo chofer de microbús.

El olor a sudor me aturde, cual ácido muriático u orín de gato, no podría asegurar que distingo si es mío o de alguno de mis compañeros del *call center*, al ir en bola, entre pegados y empujándonos está imposible, prácticamente si uno se echa un pedo, es de todos. Tal vez avanzamos así hacia el botanero por la costumbre de estar siempre amontonados en la oficina diez horas diarias (porque algunos comemos ahí adentro lo que nos preparamos para llevar en *topper*), o para no perdernos por andar sueltos sin correa en las calles, que después de un horario constante e ininterrumpido por tres años, se vuelve raro, casi peligroso. “La Mary” trae minifalda, llevo todo el día viéndole las piernas y la tanga. Lástima que hoy ande toda pegada con “Chava”, bueno, y que se las haya dado hace rato en el baño a la hora de la comida, seguro es porque ya andan diciendo que va a ser supervisor, eso no le quita la cara de pendejo. Jenny y Blanquita ya me tienen hasta la madre con sus risitas de chamacas babosas, está bien que tienen dieciséis años, pero están trabajando ya y todo. El sector de la bola de atrás me tiene podrido con sus albures y dobles sentidos de todo, ¿por qué les dan cuerda riéndose? “Ingenieros”, la mayoría ni la técnica acabaron. Increíble ver que desde ahorita que vamos en camino ya sabemos quién va a acabar con quién, cuáles son los que nomás van a chupar, los que no van a poner a la hora de la cuenta, y hasta quién habrá que llevar al taxi para que llegue a su casa. Menos mal que hoy me tocó que Sarita ande cariñosa, le ha de querer dar celos al “Chava”, da igual, siempre le he querido bajar el escote que usa diario para enseñar la única carne que le dio Dios.

Esta calle siempre está atascada de gente, de perros, del loquito que le pega a los botes, de niños que salen de

la escuela, de los que siguen la pinta desde la mañana, de ambulantes, de puestos de botanas a cinco pesos, todos con sus gritos y estridencias parecen celebrar que al fin llegó el viernes.

Hay un gentío. ¿Qué estarán regalando? Ah, es un payaso, o algo así, entre su vestido largo todo roto y su barba es difícil saber bien qué es, siquiera si es vieja o güei. Ahí vamos cómo borregos a formarnos atrás de la otra bola de gente para ver a estos cabrones. Qué tierna Sarita, parándose delante de mí para embarrarme sus pompitas, ojalá tuviera, pero bueno, ya que se me recargue confirma lo que de por sí sabía, hoy ceno en su casa, le avisaré a la jefa que llego tarde. Este payaso está muy chafa, con toda la lonja de fuera, el maquillaje mal colocado en la cara, la voz pituda, entre de Chabelo y la Chilindrina, pidiendo voluntarios, ¿Quién querría pasar al centro a hacer el ridículo...? Claro, Chava, era de esperarse, cómo le gusta que lo vean, a ese.

Debo admitir que el perfume exagerado de Sarita sí me gusta, más teniéndola tan cerca, creo que ella es la que huele a sudor, pero no es su culpa, lleva en chinga desde las siete, además igual debo oler feo. Pero ni su aroma, ni la excelente vista que tengo de sus chichis, ni que se me recargue, puede tener un sentido romántico estando aquí parados viendo a un payaso bailar un supuesto vals de quince años con cuatro hombres sacados del público, por mucho que sepamos que hoy me las va a dar a mí Sarita, es demasiado descaro jugarle al coqueteo en un lugar tan sucio, rodeados de vendedores de memelas, camotes y periódicos. Ya vamos al botanero, en un rato le compro una rosa, que vea cómo aguanto un chingo en los toques y ya... ¡Pinche Chava! Ahora no podemos irnos hasta que acabe tu numerito.

Pide que le hagan reverencia los voluntarios al payaso, a Chava le toca cargarlo, levantarlo de la panza con las manos para darle la vuelta, valiente supervisor el que nos van a poner.

—Sarita... pssst, Sarita. ¿Si nos adelantamos?

¿Cómo que no me oye? Si dejaran de reírse tan fuerte me oiría y nos iríamos, pero, ¿se ríen tan fuerte que no puede escucharme Sarita hablarle casi al oído? La rutina callejera del payaso es un éxito, el grotesco baile más barato que el de mi hermana, está haciendo a la gente reír, a todos los de la oficina, a las señoras que venden, a los técnico-ingenieros, a las familias, a los que vienen a romancear, todo el público está encantado. No puedo creer que... bueno, sí tiene su gracia, ese gordo cayéndose porque no lo pueden levantar entre cuatro, sus caras de... ¿Qué?... ¿...me estoy uniendo a la risa colectiva, a la carcajada común? No... no.

Afortunadamente tengo la fuerza suficiente para no ser de esa bola, de esas personas que hasta con la boca abierta disfrutan de esa imagen tan sucia y morbosa. Por suerte, hoy es viernes y llegaremos al botanero, aunque “Chava” se dé a “La Mary” otra vez. Después de unas chelas, (se le hace más fácil todo, dicen) Sarita me las va a dar hoy, y aunque eso dure una sola noche, será suficiente para llegar al siguiente viernes y volverlo a hacer con ella o la que toque, y así el siguiente y el siguiente, y lo mejor, no acabar cómo éstos, esperando al próximo circo callejero para distraerse de sus vidas aburridas.

Listo, ya acabó, ¡Vámonos!

Se veía en los rostros cansados, las sonrisas de satisfacción, los cuerpos agotados desplomados por todo el suelo de lugar, algunos cubiertos de semen, uno con sangre sobre su miembro, y el gran salón permeado del sentir de paz, de una pequeña comunidad saciada de placer una madrugada de martes. Las últimas aguerridas criaturas daban en su último esfuerzo el espasmo final, seguido de un gemido apenas enunciado que dio por terminada la orgía.

Cielo Neón, era el refugio predilecto para las almas que gustaban de deambular por las noches y madrugadas en un barrio céntrico de Buenos Aires, a unas cuántas calles de la plaza Recoleta. Entrar era fácil si, conocías la ubicación, eras apuesto y llegabas a tiempo, antes de que los treinta y cuatro lugares disponibles fuesen ocupados. A nadie le importaba terminarse en unas horas los ahorros de la semana o el mes, pues se garantizaba una experiencia única. Las reglas eran simples: llegar al hostel después de la una de la mañana entre semana completamente solo, preguntar por el Dios Neón en la recepción, hacer el pago de quinientos pesos y poner el celular sobre la mesa, recibir la ficha con uno de los números disponibles que el encargado diera para identificar el *locker* disponible y guardarla en la cartera, sin indicación ni guía caminar hacia la pared falsa al fondo del lugar, empujarla lo suficiente para descubrir las escaleras que conducían al sótano, bajar por los angostos escalones de metal en forma de caracol e integrarse, entre lo que parecieran unas catacumbas oscuras iluminadas por intermitentes flashazos azules y rojos, a un descarnado ritual orgiástico sin medida, ingerir la droga predilecta o inducida por otro miembro y ser siempre consciente del color del ídolo femenino en el centro del festejo, creado con

luces neón internas que daban inicio y fin a la celebración a través del parpadeo color rojo en sus senos y ojos. La figura de tamaño real con cuerpo prominente estaba colocada en lo alto de un altar dorado que a su vez, servía como un bebedero que satisfacía la sed de los presentes con Fernet y Cola en sus siete boquillas, que por su ubicación, obligaban a quién succionaba a inclinarse ante el Dios Neón.

Concluido el último orgasmo, entre el viejo y la pequeña adolescente, sus cuerpos se dejaron tirar por la gravedad sin la menor resistencia y el ídolo dejó de parpadear, sólo la potente luz azul estática emanando del cuerpo artificial y perfecto, dejaba vislumbrar algunos detalles de los fatigados participantes del evento, las líneas de sus cuerpos y rostros se dejaban notar entre penumbra. Poco a poco las luces del techo se fueron encendiendo sobre los exhaustos desvanecidos de placer, anunciando el final de la noche.

No era parte de las reglas, nadie había necesitado enunciar que las luces indicaban la hora de partir, el pudor y el temor a ser vistos por sus pares había bastado para que todos salieran de a poco o apresurados una vez que las luces blancas se comenzaban a hacer presentes, sin embargo, esa mañana, la paulatina señal luminosa dejaba mostrar bajo su destello a un par de cuerpos desnudos recostados en el suelo que habían quedado inmóviles entre el gentío que partía. La mirada de los dos era profunda y se encontraba reflejada en la del otro, el cuerpo de él tenía algunos moretones cerca de los hombros, rasguños en la espalda y pecho, las rodillas de ella estaban raspadas, al igual que sus codos. Las ojeras de ambos denotaban su cansancio, dejaban ver las drogas ser transpiradas de a poco en exhalaciones lentas y potentes que recorrían junto a sus miradas el cuerpo del otro. Ella se levantó de un golpe,

antes de caminar al *locker* donde estaba su ropa, sintió los dedos de él entrar en lo profundo de su vagina, intentó evitarlo de principio, pero desistió y se paró en cuclillas a lado de él, permitiéndole manipular a su antojo su sexo irritado y húmedo.

Los ojos del Dios Neón parpadearon con la luz roja característica, tenue de inicio, hasta tomar fuerza y combinarse con la luz roja de los pezones. Entre el azul, rojo y las blancas lámparas cenitales como única compañía, dio inicio el encuentro entre dos únicas personas que continuaban con el dionisiaco evento. Hicieron del acontecimiento íntimo toda una fiesta hacia la carne y al Dios Neón que representaba a todos los demás asistentes, que en ese momento fungía como las erecciones, pezones hinchados y cavidades expuestas que los habían acompañado anteriormente, pero también jugaba el papel de espectador, de voyerista cómplice, de partícipe del juego de seducción que había comenzado hace nueve semanas en casa de los padres de él, cuándo su hermano la llevó a ella, como su prometida, para presentarla en sociedad antes de la boda a llevarse a cabo seis meses después, que había continuado cuatro semanas después en las estrechas escaleras del mirador en Cabo Polonio durante un viaje familiar, en que ella se aseguró de estar siempre delante de él para que pudiera ver su ropa interior apretando tensamente sus nalgas, y que se desbordó tres semanas atrás de aquel despertar en que se encontraron casualmente por vez primera frente a frente con el Dios Neón, que sin prejuicios ni preguntas los indujo a entregarse a la más salvaje pasión sin obligarlos a decirse una sola palabra que los hiciera sentir desleales.

Dentro de catorce semanas, ella dará por concluidas las clases de tango que el novio paga para el día de la boda,

y que la hacen ir a Buenos Aires cada martes, pues no le habrán servido de nada según ella, por su parte, él ha decidido ir sólo catorce veces más al Cielo Neón, sin decirle a nadie cómo hasta ahora, pues regresará a Montevideo para la boda de su hermano, y posiblemente, se quedará a vivir ahí por algún tiempo.

Los invitados en las bancas de acuerdo al orden designado, sentados, una fuerte bocanada de aire, el pastel especial con crema de pistache que combina con el verde del outfit de las damas de honor, en camino, apretar los pulmones hará más fácil respirar sin roer el vestido de novia, la abuela Norah que vino desde Miami para la boda, esperando en el hotel para evitar que se sofoque bajo el sol, comerse unos diez cupcakes menos los últimos dos meses para no estar padeciendo ahora en la entrada de la iglesia, imposible de cambiar ahora, el novio perfecto en su carro del año, justo cómo mamá lo pidió, llegando mientras yo llevo quince minutos esperando en la entrada de la iglesia de los cristales, amiguitas zorras con cintura de cinco centímetros, saludando al apuesto novio que llega de smoking directo a saludar... a su familia completa que lo felicita, comentarios sobre los beneficios para ambas familias, por todos lados, lucha por no desmayarme a causa de la falta de aire, en progreso, novio en camino para llegar a la novia y decirle:

—Sin beso, te desmaquillarías, mejor sonríe para la foto.

¿En serio, así saludas a la novia? Sonrisa fingida digna del Oscar por actuar dentro de un vestido dos tallas más chico porque lo diseñó la cuñadita que estudió en París, lista, el padre más tradicional de la ciudad recordándonos por los modestos cuatro mil pesos que le pagaron, rodeado de toneladas de maquillaje, decenas de miles de pesos en tela y sonrisas con dientes blanqueados y manipulados odontológicamente, que esto es el inicio de una nueva vida, dónde yo me debo al novio, él a mí y que nos seremos fieles

hasta que la muerte nos separe, ¿la muerte? Eso es mucho, o ¿poco? No puedo respirar, necesito...

Las puntas vanguardistas al cuello del vestido, localizadas, puntos débiles de la confección, encontrados y jalados junto a todos los adornos del vestido del que por fin me libero. Todos viéndome a mí y mi tatuaje en las costillas corriendo semidesnuda en zapatillas con un velo de novia de la boda que arruino para salvar mi vida, listo. El gran día, iniciado.

Hola, antes de continuar leyendo te pido que te pongas un suéter, de preferencia ese con textura de peluche color rojo intenso, al que llamábamos “Elmo”. Si no lo has tirado así me gustaría que me leyeras, además que estoy seguro, a pesar del clima tienes frío.

Te encuentras bajo el resguardo de la primavera, la más cálida de la década según las noticias. En ésta choza apenas y concilio el sueño bajo seis cobijas a lado de la chimenea encendida a todo candor. Está bien, que disfruto igual del frío que del sexo lo sabes, razón de más para gozar de éste, que es mi único placer.

Coincidimos hoy en estar distantes, espaciotemporalmente hablando, ahora que no compartimos ni la hora coincidimos en algo además de odiarnos. Disculpa si la algidez se comienza a hacer presente, pero una carta no atraviesa el continente hispano de principio a fin, (porque para mí, sigue siendo cómo lo delimitamos “Dónde empieza el inglés, acaba América”) para ser hipócrita ni para transportar secretos entre líneas, viaja para recordarte mi odio y mi desprecio. No, no tires la carta aún, sostén la mirada a las letras, ya que no pudiste hacerlo con mis ojos que siempre te buscaron, incluso cuando me despedía para dejarte, estabas llorando. ¿Y? No tenía yo por eso que claudicar en mi decisión. Tú no te molestaste siquiera en intentar arrebatarme el boleto de avión de las manos, te lo mostré vulnerable y sin fuerza, casi gritando que lo tomaras, pero preferiste llorar.

Las quejas que de tu parte hicieron de mí un villano siempre fueron entorno a mis decisiones, partidas, obsesiones e impulsos, pero mis acciones sólo eran reflejo del amor que se desbordaba por ti y no sabía qué hacer para

crecer, seguir enamorados, si llegaba a tomar la decisión de alejarnos, era para extrañarnos y volvernos a ilusionar al regreso, si compartí con otras pieles, fue para añorar la tuya, color canela junto con tu sexo sabor café.

Hoy robé un pan a otro anciano en una tienda, era toda la comida que tenía para el día el hombre que tanto me ha ayudado aquí, en el fin del mundo. Mira lo que he tenido que hacer para no estallar a falta de tu crueldad oprimiéndome, esa, de ex amante triste que prefiere llorar en su cama a venirme a buscar a apuñalarme.

Aprovecho para felicitarte, según mis cuentas, esto debe llegar a tu casa en tu cumpleaños. Ojalá hubiésemos tenido hijos, así podrían leerte ahora, si es que a tus setenta y dos años ya no puedes hacerlo sola.

No espero respuesta, desde hace cuarenta años dejé de hacerlo, cuando enviaste tu última carta, esa en que pretendías lastimarme con la mentira de tu boda, qué ocurrencia la tuya, en fin, espero que el odio que nos une te facilite el extrañarme, que a mí, sólo me ayuda seguirte escribiendo cada año desde el gélido Ushuaia hasta la seca y aburrida delegación Cuauhtémoc en Ciudad de México.

PD: Te odio.

EL CUIDADO EDITORIAL DE LA PRESENTE VERSIÓN DIGITAL DE

“FICCIONES INNECESARIAS” DE LA COLECCIÓN

“CANASTA DE ESCRITORAS Y ESCRITORES POBLANOS”

ESTUVO A CARGO DEL

INSTITUTO MUNICIPAL DE ARTE Y CULTURA DE PUEBLA

EJEMPLAR GRATUITO Y DE LIBRE DISTRIBUCIÓN



Puebla
Contigo y con rumbo
Gobierno Municipal



IMACP
Instituto Municipal de Arte
y Cultura de Puebla

Carlos Trujano es director y guionista egresado de una de las primeras generaciones de la Licenciatura en cine de la ciudad de Puebla con un semestre de intercambio en la Escuela de Cine de Uruguay. En 2015 fue Ganador del Apoyo para la producción de cortometraje del IMCINE para filmar *Desaparecido*, nominado a la Diosa de Plata 2017 y a 9 Premios *Pantalla de Cristal*, ganando de 3 categorías, Ganador como Mejor cortometraje mexicano de terror en Feratum 2017. Su cortometraje *Getsemaní: Ego Sum Lux Mundi*, fue Ganador de la Diosa de Plata 2018. Mención especial en CineTekton! y parte del FICM 2018. Con el cortometraje *Hierba Mala*, fue Ganador de la competencia en línea del Festival Internacional de Cine de Morelia 2019, del Lusca Fantastic Fest 2021 (Puerto Rico), del Festival de Cine Oro Negro, en Feratum, entre otros. Sus trabajos han sido seleccionados en Festivales y Muestras de Cine en México, Italia, Argentina, España, Canadá, Túnez, Brasil, Chile, Alemania y Corea del sur, formando parte de las selecciones oficiales del Festival Internacional de Cine de Guadalajara, Festival de Cine Latinoamericano de Rosario, Cheongju International Short Film Fest, Vancouver Latin American Film Festival, Macabro, Shorts México, Blood Window Forum, entre otros.

Canasta de Escritoras y Escritores Poblanos es una colección que promueve el talento local ofreciendo una variedad de temas que ponderan la formación de nuevos lectores. Dichas obras fueron seleccionadas a través de una convocatoria dentro del municipio, son de distribución gratuita y poseen una calidad literaria que además difunde el arte y la cultura de la ciudad.

